

La democracia resignada

Hugo Seleme

Hace cuarenta años Argentina retornaba la democracia de la mano de un presidente que prometía que con ella era posible comer, curarse y educarse. En los actos políticos que lo condujeron a la presidencia, Raúl Alfonsín conjugaba esta promesa con el recitado del preámbulo como una especie de plegaria cívica. Lo humilde de la promesa, que no auguraba bienestar, riqueza o tiempo de ocio, estaba a tono con el cierre invocando el preámbulo, en lugar de partes más sustantivas y ambiciosas del texto constitucional. La democracia que retornaba era una con aspiraciones realistas, minimalistas.

No podía ser de otro modo si se tenía en cuenta el carácter eminentemente inmoral del régimen militar que la había precedido, y la devastación social y económica que había producido. El “fascismo de mercado” de la dictadura, empleando el rótulo acuñado por Paul Samuelson, abrazó el neoliberalismo económico que condujo a la destrucción de la industria, la concentración de la riqueza, el endeudamiento externo y, finalmente, el ajuste feroz. El costado fascista del régimen produjo, en lo social, consecuencias igualmente catastróficas. El plan de exterminio de una porción de la población, con sus campos de concentración, asesinatos encubiertos, secuestros, desapariciones y robos de bebés, condujo a la fractura del entramado social. La guerra de Malvinas, el último intento de los dictadores militares de lavarse las manos manchadas de sangre en las aguas limpias del patriotismo, se ensañó nuevamente con cientos de jóvenes, en su mayoría conscriptos, mal pertrechados y peor conducidos por una oficialidad incapaz.

El retorno de la democracia fue humilde –prometiendo comida, salud y educación y apelando al preámbulo constitucional– porque se cimentó en el peor fracaso que habíamos padecido como sociedad. El lodo en el que nos había revolcado la dictadura fue el terreno fértil en el que la nueva democracia hundió sus raíces. Se asentó sobre el horror compartido frente a los crímenes cometidos por los dictadores militares, la pobreza y la desigualdad provocada por sus políticas económicas neoliberales, y la tragedia de los soldados llevados a la muerte en Malvinas.

Aunque humilde, el retorno a la democracia no tuvo nada de resignación. Fue la reacción esperanzada de un pueblo que tenía conciencia del abismo al que había sido llevado, y por eso sus aspiraciones eran humildes, pero a la vez tenía la convicción de que se podía estar mejor. Un pueblo que eligió la serenidad del candidato que recordaba las palabras sencillas del preámbulo, en lugar de la violencia discursiva de los que quemaban ataúdes en los actos de campaña. Un pueblo que optó por quien estaba convencido de que los dictadores debían ser enjuiciados y castigados, en lugar de ser indultados.

Cuarenta años después, aquella promesa de comida, salud y educación, sigue incumplida para una parte importante de ciudadanos. Ellos ya no albergan ni siquiera aspiraciones humildes, sino que tienen una concepción resignada de democracia. Han perdido toda esperanza de que la democracia los libere de los males que los agobian. La persistencia de la situación de opresión y dominación en la que viven –cercados por la necesidad– los ha convencido de que están presos en un destino inescapable, donde el único acto de empoderamiento posible consiste en elegir el mal que inevitablemente van a padecer. La concepción resignada de democracia ofrece a estos ciudadanos un modo paradójico de recuperar su libertad; que no consiste en eliminar las penurias que los oprimen, sino en elegir autoimponérselas.

Para quienes han perdido toda esperanza de que la democracia los libere de los males que los agobian y cumpla aquellos objetivos humildes, queda abierta la opción de recuperar la libertad y el control sobre la propia vida resignándose y eligiendo democráticamente los males que ya se padecen. Si no hay nada que puedan hacer para evitar que el precio del dólar determine cuánto y cuándo comen, es

posible recobrar la libertad eligiendo dolarizar. Si no hay nada que puedan hacer para evitar que sus condiciones laborales se precaricen de manera progresiva, es posible recobrar la libertad eligiendo abolir los derechos laborales. Si no hay nada que puedan hacer para liberarse de las exigencias de ajuste constante del FMI, es posible recobrar la libertad eligiendo hacer los ajustes que, de cualquier modo, se impondrán.

Cuarenta años después, la resignación también ha llegado a la memoria. Recordar exige un esfuerzo que es difícil de sostener por quienes tienen que empeñarse día a día por sostener sus condiciones de existencia. Sin este esfuerzo por recordar, lentamente los contornos de lo que se sabía se desdibujan y todo se mezcla. La oficialidad del ejército que, con Galtieri a la cabeza, inmoló a nuestros jóvenes en Malvinas –mientras ellos permanecían bien a resguardo lejos del frente de batalla–, se confunde con nuestros verdaderos héroes: esos muchachos que dejaron su sangre en aquel pedazo de tierra. Los oficiales del ejército que llevaron a nuestros jóvenes al matadero son puestos a la par de ellos y reivindicados como héroes de Malvinas. La conciencia compartida de que esa oficialidad cobarde e incompetente no merecía ningún respeto, se esfuma y –en la confusión– los oficiales que regresaron a sus hogares son equiparados a los soldados cuyos cuerpos quedaron en el campo de batalla dando testimonio de su valentía. Los militares que llevaron adelante el plan de exterminio, y organizaron campos de concentración donde mantuvieron secuestradas a miles de personas que fueron sometidas a un sin número de vejámenes antes de morir, son presentados como víctimas inocentes de un sistema judicial que se ensaña con ellos. Por culpa de un acto de prestidigitación, que sólo puede llevarse adelante cobijado por la bruma del olvido, los victimarios se transforman en víctimas que exigen reparación.

Cuarenta años de democracia nos han depositado de nuevo en el punto de partida. Hace cuarenta años tuvimos la suerte de elegir a un líder cuya estatura moral nos excedía y a cuya sombra hemos vivido. La reciente elección de presidente y vicepresidenta, es un recordatorio de que la mera suerte no sirve para trazar un destino. Una ciudadanía resignada a que sus condiciones de vida empeoren, convencida de que es merecedora de cualquier insulto, cansada de sostener la memoria, ha vuelto patente que en una democracia la única batalla ganada es la que se libra todos los días.

Cuarenta años después, hemos aprendido que ninguna victoria es permanente. Que los derechos pueden perderse, los errores repetirse y la memoria ser abandonada. Está en nosotros, sin embargo, advertir que, si en una democracia ninguna victoria es permanente, entonces tampoco ninguna derrota es definitiva. Que, aunque hemos vuelto a caer en el lodo, es posible hundir nuevamente las raíces de nuestra democracia en él, y renacer.

En tiempos de sombra, solo queda comenzar a iluminar. La recuperación de la democracia hace cuarenta años nos recuerda que hemos pasado por noches más largas, sin que nos venza la oscuridad.